

Federico Jiménez Asenjo

LOS NIÑOS DE LA GLORIA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n° 131—

MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO  
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:  
© Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

De la obra © FEDERICO JIMÉNEZ ASENJO  
Ilustraciones © FEDERICO JIMÉNEZ ASENJO

Diseño de la colección © Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: OCTUBRE 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-68-6  
Depósito legal: M-29945-2023

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Federico Jiménez Asenjo

LOS NIÑOS DE LA GLORIA





Si yo pudiera contigo,  
si mi flecha fuera la suficiente  
y entendimiento  
y venablo,

si el centro inhóspito te desmontara  
y vendaval fiero  
que del origen nace con aullido,  
carne y estrago.

Si yo la ceguera brutal  
que el futuro destruye  
y el embrión helicoidal  
en el principio del regazo.

Yo por ahora te quiero,  
luego viene el tiempo.

Yo ligero,  
en abeja convertido de los prados,  
el polen en las brisas acarreo.

Ay, luz,  
ay, sombra,

qué poco durábamos los niños de la gloria  
y aguacero,  
primavera que fuimos torrencial  
en aquel recodo del momento.

Dios estaba entre nosotros,  
sandalia en travesía.

Dios y el polvo,  
y el brillo de la hebilla.

Aviados por horizontes íbamos,  
vasta llanura,

al cerro hubimos de subir  
de loma rubia,

y a la declinante luz  
de la condenación futura

erigir el alto muro,  
y los templos de la ruina.

Pezones de ti  
                  en mi deseo,  
volando,  
la lengua alada,  
el viajador dedo.

Pezones de ti como lámpara  
en cenit,  
allí van los bomberos  
flotadores,

ceguera y deslumbramiento,

a apagar la calva hoguera  
con la llama de los besos.



¿Y si no?

Tú siempre me lo has preguntado,  
entre dos cielos,  
la sonrisa bisagra,  
un negar anuente entre los labios:

¿Y si no?

Al vapor de los ríos cálidos,  
nada es el agua que en el agua va,  
lengua de lengua,  
resbalando.

¿Y si no?

Se aparean salamandras en el fango,  
en el limo paren,  
incontinentes,  
los flatulentos sapos.

Yo nunca he sido niño  
propiamente dicho,  
ni conozco crecimiento,

sino este torbellino  
constante  
que me acerca al sumidero,

y este hombre original  
que zapa y zapa  
más adentro.

Yo te tuve en mi tiempo,  
como en su terrenal estuche  
hermético  
el carbón encierra la joya

y un hermoso cañón colorado  
a la luz un día largo,  
largo  
la entraña arroja.

¡Ay, capa,  
ay, sustrato  
que los barrenos taladran,  
que los apremios perforan!

Adonde tu ojo no mira  
voy,  
que allí me descubras,

donde la oscuridad la luz  
fuerza  
y obliga,

y un rayo de negros acendrados  
estalla  
en gran ramo de amapolas amarillas.

Este niño de dónde nació,  
el sin ombligo,  
y el sin bautizo,  
dime,  
cómo se llama.

Y este fuego apagado  
de qué ascua,  
y este incendio esquilmador  
de qué rescoldo,  
extinta llama.

Nunca más,  
así dijo el perro buscando la mañana,  
de regreso a la ceguera.

De regreso a no haber sido  
y claustro,  
el rastro olfateando de la amnesia

y grato olvido,  
acomodándose de nuevo  
en el seno de la perra,

que es vasto y blando,  
y sin aullidos.

En tu columpio,  
en tu columpio y vaivén  
como de dumbo y de guirnaldas  
e inconsciencia,

en tu nada que flota y se bandea,  
el cielo al fondo de la tierra  
de película azul,  
vana y ligera,

tu risa de actriz  
de dentífrico y estrellas.

Inconclusa serás,  
como mi esperanza  
de babel y de ladrillos,  
ciclópea de muros  
y de espiras  
por los suelos dispersada.

Serpiente mansa  
de la albañil humanidad  
que por columnatas de humo  
benevolente asciende  
hacia donde el dios que dicen  
expira y calla.

Hermosa y titánica de altos tabiques,  
truncas pilastras  
que engulle ya la hiedra derrumbada,  
abatida de cimientos,  
convencida de silencios,  
sordomuda de palabras.



Ciervos de gran día  
sin pretenderlo,  
la cuerna soltera  
en suelta enramada  
y confundida brama,

perdió el perro el ladrido  
en persecución y caza,  
arrendajo de los azules  
del día señalado  
en alborotos se clavan.

Librea de los cervatos  
que espejea y engaña,  
los jabalíes me hocen,  
trufa la entraña.

Dolor remediado,  
acabamiento del día.

Dormido como parezco  
el desvelo clavo fijamente  
allí donde el cáliz de la noche  
se adivina.

Pétalo añil,  
flor amarilla.

Ángeles negros de alas demoníacas  
retiran la fiebre,  
la sangre y la vida,  
y yo me entretengo,  
cofa zarandeada,  
como garganta oteando  
arenas de amanecida.

Ser contigo en tu vacío  
y antes,  
los días cuajados en que habitabas  
y el sol te había visto  
y en torno y en torno  
y en torno de ti giraba

como perrillo de lunas,  
y yo te sabía en tu eclipse,  
soberbio de coronas  
azules  
que el envés de tu pupila  
iluminaban.